

## BORGES: OTRO SENTIDO PARA LA VANIDAD Y EL EGOÍSMO

SONIA BETANCORT

*Universidad Camilo José Cela*

A la cuestión de por qué Jorge Luis Borges no escribió nunca novela, responde el propio autor hacia 1985 que este género «lleva a los lectores a la vanidad y al egoísmo, ya que si durante la novela se habla de una persona y sus rasgos diferenciales, eso induce al lector a ser una persona determinada y a tener rasgos diferenciales»<sup>1</sup>. La anécdota impacta y concuerda con algunas de las reflexiones que el escritor argentino otorgó a la personalidad en general y a la singularidad literaria en particular. En efecto, en ensayos de los años veinte como «La nadería de la personalidad» (1922), de los años cincuenta, como «La personalidad y el Buddha» (1950), o en sus últimas disertaciones, como «La inmortalidad» (1980), se refiere a la historia occidental como una prosapia de la personalidad, o lo que es lo mismo, y aplicado a terrenos literarios: «de Chaucer a Marcel Proust, la materia de la novela es el no repetible singular sabor de las almas»<sup>2</sup>. En esa genealogía del género novelesco, para el maestro de *Ficciones*, la autoría de las obras literarias no es más que «una de las tantas vanidades del simulacro» de la realidad<sup>3</sup>. En ese marco, se decanta finalmente por esa otra expresión de la literatura que posee «un carácter colectivo y anónimo»<sup>4</sup>. Qué duda cabe de que, en esa cadena comunitaria de autores ignotos, el supuesto de la «personalidad» invoca una coincidencia especular de literatos y obras. Ya que si ambos mundos coinciden, la literatura no hace más que reafirmar la cualidad ilusoria de escritores, lectores y libros, esto es, la clásica teoría que —desde Ana María Barrenechea— ha divisado en la obra borgeana una expresión de la irrealidad.

Este ensamble concuerda agudamente con las teorías de la posmodernidad tanto como con los recientes descubrimientos de la neurología. Pues por una parte, la escritura implica una leve diversidad, en suma, es el tránsito por una tradición, un sincrético y desparpajado acopio del pasado; y por otra —ahora se sabe— los meca-

<sup>1</sup> Jorge Luis Borges y Osvaldo Ferrari: *En diálogo. Tomo II*. Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pág. 258.

<sup>2</sup> Jorge Luis Borges: «La personalidad y el Buddha» en *Borges en Sur (1931-1980)*. Buenos Aires, Emecé, 1999, pág. 40.

<sup>3</sup> *Ibíd.*

<sup>4</sup> *Ibíd.*, pág. 39.

nismos que en efecto maneja el cerebro para percibir la realidad coinciden con los que implica la ficción, dos campos que la crítica no ha tardado en aproximar<sup>5</sup>. En ese marco, la inmortalidad del hecho de la literatura emprende una lucha ganada con los autores, mortales en un universo ilusorio y cambiante. El tránsito de uno a otro, esa eternidad que implican las obras hacia un puñado de seres memorables, desafía con justa lógica los extremos de otros dos conceptos: la memoria y el olvido. En otras palabras, la literatura es un ejercicio del recuerdo y sus ausencias, pues cuando un autor cree lanzar al mundo una obra singular y nueva en realidad retorna a lo que ya estaba escrito. Y si algo ya creado –pura reminiscencia– resulta novedoso, es que en verdad se había olvidado. La compenetración que Borges asigna a estos niveles es sorprendente allí donde la inmortalidad de las obras demuestra que la personalidad no es más que un tramo circunstancial de la memoria. Dicho de otro modo, para Borges un autor es muchos, como un hombre es muchos hombres, y la singularidad de una obra no es más que una creativa omisión de recuerdos.

Estas inquietantes correspondencias, presentes desde muy antiguo en las culturas orientales e imbricadas en el Occidente literario hispano especialmente desde el cuento medieval y la literatura del Siglo de Oro, aparecen reflejadas con un afinado y erudito planteamiento crítico en la reciente colección de ensayos *Borges en la ciudad de los inmortales* (2014)<sup>6</sup> del profesor, investigador y ensayista Vicente Cervera Salinas (Albacete, 1961). En este caso, «en clave platónica y posmoderna» el libro ofrece un meditado recorrido por el ensayo, la poesía y el cuento borgeanos a la luz de «la hermenéutica textual» que «es el recuerdo de lo olvidado» (10). En efecto, se muestran las agradecidas superposiciones de los mitos griegos, de Platón, el judaísmo, la gnosis, el cristianismo, el humanismo hispánico y el cosmopolitismo, todo, en vinculación con una América y con un lenguaje universales para los que la literatura borgeana es, paradójicamente, el emblema de una singularidad inmortal, principio y destino literario, porque «la permanencia y los dones memorables son atributos inalienables de Borges» (9).

Con una lograda estructura, el libro de Cervera arranca con un ensayo crítico que repite el título de la obra, «Borges en la ciudad de los inmortales» (13-46), con el que presenta esta tesis en el cuento «El inmortal» (1947). Sorprende la precisión con la que las citas de Platón van coincidiendo con las ideas borgeanas de este cuento y poco a poco el lector advierte que esta investigación inicial vertebrada todo el volumen hasta reaparecer en un tono menos académico «A modo de epílogo» (343-

<sup>5</sup> Jorge Volpi: *Leer la mente. El cerebro y el arte de ficción*. Madrid, Alfaguara, 2011, págs. 13-32.

<sup>6</sup> Todas las citas de la obra de Vicente Cervera Salinas, *Borges en la ciudad de los inmortales*, Sevilla, Renacimiento, 2014, se corresponden con esta edición y aparecerán en el cuerpo del texto indicando el número de página entre paréntesis.

349). Como conector de esta estructura circular y en lo que asemeja un repaso más o menos cronológico por buena parte de la historia de la cultura occidental, la idea de «un destino individual» se manifiesta una y otra vez como un hecho «intranscendente» frente a la «inmortalidad literaria como memoria en la humanidad» (35-16). De modo que Borges se muestra como parte de ese «yo plural» que habita en la Ciudad de los Inmortales, la retornada urbe de la historia de la literatura. La metáfora adquiere fuerza, especialmente en relación con los embates de la memoria y el olvido, en un ensayo situado hacia la mitad del libro, «Jano o la profética memoria de Borges» (191-213). En este análisis, el investigador albaceteño propone las vinculaciones de la literatura borgeana con la idea de eternidad que revisa el mito clásico de Jano, bifronte cuya «memoria» se fija «en el reino del futuro desde su ayer» (191). La visión omnipotente de Jano es productiva a la tesis de Vicente Cervera, pues en la obra borgeana la presencia de este mito sirve para invocar la identidad creativa que insufla a la literatura su proclive inmortalidad: el autor que es Alguien termina confluyendo en el Nadie que «indaga en el término dramático de la historia» (201) a la vez futura y pretérita. Esta especulación, que también aparece en «El inmortal» de Borges, sostiene de modo sorprendente la pesquisa del concepto del Ser. Bajo la mirada occidental y poética —canónica— de Walt Withman, *Borges en la ciudad de los inmortales* ofrece una sugestiva intersección de la presencia del norteamericano en el emblema ontológico borgeano. En efecto, «Una lectura ontológica de Walt Whitman según Borges» (214-236) invoca un «desdoblamiento esencial» del poeta cuyo signo identificativo se diluye en «la inmortalidad» (220, 225). Dicho de otro modo, la voz poética se multiplica «hasta lo infinito [...] mediante la figura del lector a quien apela también como un “otro yo” en su canto» (231). El efecto es una cadena interminable de seres espejados por la poesía, la correspondencia de todos en la obra.

Con acierto, el ensayo «Borges, lector del Oriente fabuloso» (47-66), se detiene en *Las mil y una noches*, o cabría decir que encuentra, en este libro inagotable, los orígenes de ese doble juego estético que ansía mostrar la nulidad personal y la inmortalidad de las creaciones. En efecto, el compendio de cuentos orientales, y sobre todo, la vindicación borgeana de la creatividad en la traducción, se muestran como uno de los grandes ejemplos de colectividad y anonimato que han regalado a Occidente las obras orientales. Pues como se sabe, el *Rāmāyaṇa*, el *Mahābhārata*, el *Pañcatantra* o las *Arabian Nights* repiten esta cualidad. En consonancia, las travesuras estéticas de «Schahrasad» sirven para reafirmar una y otra vez la sugerente coincidencia con la que Borges busca abolir las singularidades y la vanidad: autores y traductores, mortales, se confunden en la inmortalidad de las narraciones. Cervera destaca, intuyendo esta premisa, que «el exquisito trato» que Borges da a los traductores de *Las mil y una noches* pretende una «función poética», «creativa» (52), «fic-

cional», «inspirada» (53), al servicio de la obra, de manera que «el mejor traductor» es un «hacedor» y «a la inversa, todo autor sería al cabo un traductor» de la «historia literaria precedente» (64).

La aparición de esta especulación sorprende cuando el investigador albaceteño indaga en la gnosis y en el cristianismo a propósito de «un soneto» y «un monólogo dramático» (67) titulado «Juan, I, 14». En este caso, en el análisis de «Borges y el logos divino: *Juan, I, 14*» (67-107) –buscando el eje de la «inmortalidad»– la coincidencia incluye a la reflexión teológica pero es llevada con audacia a los terrenos de la literatura. Pues «liberada de rigor dogmático y doctrinal», la historia monoteísta y sus apócrifos destellan en Borges como un ejercicio de «apropiación literaria» y, con ella, se reafirma la «central insignificancia» (78) de los seres. La narración sagrada también invierte por tanto los términos de infinitud e inmortalidad divinas: «Dios que aprendió a ser hombre y que, desde su eternidad, revela a Su amanuense que todavía añora su ‘temporada’ mortal» (104). De este soneto al ensayo, y avistando el cuento, Cervera revela las implicaciones ficcionales y poéticas de las inquisiciones borgeanas en «Jorge Luis Borges o la respiración de la inteligencia» (108-131) y en «La poesía de la cultura: *La esfera de Pascal*, otro motivo de Proteo» (132-163). Buena muestra de que el cuento borgeano prolifera de entre sus discusiones intelectuales, es su primer relato «El acercamiento a Almotásim» (1935), incluido como una crítica apócrifa entre los ensayos de *Historia de la eternidad* (1936). Cervera, sin embargo, experto en la poesía borgeana, autor del excelente estudio *La poesía de Jorge Luis Borges: historia de una eternidad* (1992) se detiene con especial acierto en las vinculaciones del pensamiento seducido por la lírica. En estos territorios le interesa la libertad con que el autor argentino maneja un pensar que se respira, esto es, un juicio creativo, que «duda», y que en el misterio atávico de su «inseguridad» aloja al poema (109). Esta bella alianza induce al razonamiento anterior, pues la revisión borgeana de la filosofía no pretende la singularidad sino más bien «el engarce intelectual» de la totalidad de un tema (122), esto es «la entonación propia a la suma de interpretaciones históricas» de una «misma metáfora» (127). Por eso, la esfera pascaliana y el pensamiento del uruguayo José Enrique Rodó pueden concordar en ese «modo esencialmente sintético» con el que una metáfora muda y es la misma en «diferentes momentos de la historia cultural» (148), «poesía de la cultura» de la que Borges participa con su peculiar «metamorfosis de lo mismo» (160).

*Borges en la ciudad de los inmortales* ofrece poco a poco una indagación que ansía la triple vertiente geográfica y cultural de la figura borgeana: argentina, latinoamericana y universal. Prueba de estos vínculos son los ensayos «La sombra de Sarmiento en la poesía de Borges» (164-190), donde Cervera ofrece profundas reflexiones acerca de ese matiz de la cultura argentina invocadora del sabor y la

historia locales; «Tres humanistas del siglo XX: Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges» (215-237), en el que invoca una geografía cultural hispanoamericana en diálogo; y «El Sur de Santayana a la luz de Borges» (271-319) seguido de «A los lectores de *Sur*» (320-342) en los que revela con trazas nuevas, entre otras cuestiones, la importancia de lo foráneo entre las predilecciones de la cultura argentina. En el primer caso, la figura de Sarmiento es declarada entre las primeras presencias argentinas que «presiden los tres poemarios juveniles de Borges» (167) y que modula una metáfora recurrente en algunas de sus más celebradas narraciones («Hombre de la esquina rosada» o «El Sur»: 172). La localización implica, en suma, la identificación de un destino, en este caso de un «personaje detestable y monstruoso», Juan Facundo Quiroga, que unifica tanto la voz poética borgeana como la percepción de los lectores, espejeo en el que esta vez, mediante el giro biográfico («El General Quiroga va en coche a la muerte»: 167), se logra la conexión ontológica y literaria anterior. Dicho de otro modo, el hecho individual de la muerte de un personaje relevante implica en la experiencia de la obra una mortalidad también compartida, pues «la muerte “es de todos”» (169). La metáfora, no cabe duda, es sin embargo «inmortal», ya que repasa muy diversas aristas geográficas y temporales de la cultura del Río de la Plata.

Por otra parte, Cervera aborda un salto a la «historia de la literatura hispanoamericana del siglo XX» (237) a través de una triangulación crítica, ensayística y ficcional. Del análisis histórico firmado por el dominicano Pedro Henríquez Ureña a la meditada prosa intelectual del mexicano Alfonso Reyes, intersección que la poética y narrativa borgeanas desestabilizan y complejizan. La vinculación de los dos autores será para Borges la inspiración de una cultura hispanoamericana en diálogo con la universalidad (249-250). Y añade ese creativo y desestabilizador precepto borgeano «de la realidad como ficción» (250) que aloja la llamarada sincrética de sus dos amigos y maestros hasta alumbrar «ramificaciones diversas», propagadas por «la inmortalidad» de la literatura, hispanoamericana y universal (251). La proyección de la América hispana, por tanto, estriba también en la recepción de lo foráneo, esto es, en un cosmopolitismo que se recibe, asimila y revive bajo una «red textual» cuyos recursos y referencias estético culturales convergen en una semblanza compartida, con el objetivo de «restañar de algún modo el curso de las horas» (300). En ese marco, del pensador hispano estadounidense Jorge Santayana a los muchos intelectuales y escritores europeos, americanos y asiáticos invitados a la exótica revisa *Sur*, el avezado pensamiento de Cervera sitúa el sabor sincopado de las innumerables «mutaciones» de la literatura, «secretas y remotas afinidades» que logran «una suerte de mágica eternidad [...] a modo de reflejo concertante» (329) en esa triple

dimensión – argentina, hispanoamericana y universal– de la emblemática publicación periódica.

En un presente de biografías narradas y mediadas por las redes sociales, en una actualidad globalizada, plena en desencantos, en versiones de la literatura y de la historia, entre la hibridación, la desintegración y la exhibición de los sujetos, tesis como la de Vicente Cervera Salinas cobran una particular importancia. *Borges en la ciudad de los inmortales* no solo revisa con mirada renovada, erudita y responsable una obra que la crítica hispanoamericana localiza siempre como punto de referencia, sino que invita a pensar, siguiendo las conjeturas borgeanas, en otro sentido para la vanidad y el egoísmo –humanos y literarios–. Pues acaso las obras y sus creadores no sean más que el momentáneo brillo de un recuerdo, un simulacro, de otras obras y otros seres, que nuestro distraído corazón ha olvidado.